

la apiñada masa humana va á caer entre gritos y lamentos. Los hombres beben cerveza y las señoras mueven sus abanicos precipitadamente. Nadie se está quedo: algunos montan en la valla y retozan, haciendo gala de su fuerza. Los más se ponen en pie para ayudar con sus consejos al torero. Todos toman una parte activa en la diversión. Todos son entendidos en la tauromaquia; saben cuándo se debe retirar la pica y cuál es el momento oportuno para poner las banderillas. De repente suena una gran tormenta de silbidos. Luego, aquella multitud ruge y se indigna contra el primer espada que no logra matar á la fiera, y hasta contra el toro que, lleno de heridas y desgarrones, no acomete. Sale el verdugo, el *cachetero*. Un gran chubasco de injurias é improprios acoge á este personaje vergonzante, que desempeña los papeles de traidor. El toro, herido en la nuca, arroja un ahullido desgarrador, vuelve los grandes ojos en torno de la plaza y muere entre los sonos de la música, como Otelo.

La tragedia del toreo, esa tragedia de capa y espada, tiene tres actos invariablemente: la pica, las banderillas y la muerte; la exposición, la trama y el desenlace. La música preludia la marcha de los toreros en «Carmen» y aparece la cuadrilla. Picadores, chulos, banderilleros, espadas, se dispersan y colocan en sus respectivos sitios. Los picadores, firmes en los estribos, se acercan á la puerta del toril abrazando su pica fuertemente. Los capeadores y banderilleros mariposean por todas partes, agitando sus capas verdes, azules ó color de rosa. El primer espada se mantiene distante del redondel, dirigiendo esa lucha que debe terminar con un horrible duelo. El sol dora las lentejuelas de los trajes, vibrantes y vivas como las luciérnagas. Deslumbran los vestidos, acariciados por la luz, como el vientre lustroso de los peces. Entre un hormiguelo confuso de oro y plata el ojo deslumbrado percibe vagamente cuerpos varoniles y rostros cuyo cutis tiene el color obscuro del cuero cordobés. Estos actores no usan pinturas ni cosméticos. Su *cold cream* es la sangre. Los chulos, con sus capas bajo el brazo, avanzan sosegadamente, luciendo sus arreos de Fígaro y su traje donairoso: la media roja que sube del zapato bajo, el calzón ajustado, el chaleco y la chaqueta de colores vivos, con tantos bordados, agujetas, franjas, lentejuelas, filigranas, plata y oro, que apenas puede percibirse la chillante tela; los picadores, con su pantalón de búfalo, revestido de hierro interiormente, y su chaqueta tan llena de bordados metálicos, que pesa más que una coraza, y puede, si es preciso, amortiguar los golpes y cornadas. Los chulos forman la tropa ligera de estas luchas; los picadores son los hoplithas. Reciben sin moverse el primer empuje del enemigo, sin poder escapar ni perseguirlo.

El gran capitán de este pequeño ejército, es el primer espada. Es

un hombre alto y nervudo, de piernas ágiles y puño vigoroso. Su rostro no se demuda cuando la fiera le acomete y, sin espanto ni congoja tiende la estocada. Como Pedro Romero, á quien Goya pintó en su tauromaquia, podría matar el toro sentado, con grilletes en los pies y sin otra muleta que el sombrero. Clava las banderillas á caballo y salta por encima del toro, cuando le arremete. Parece que una Compañía de Seguros le ha garantizado la vida por el período de cien años y que en esta confianza puede lanzarse á las más peligrosas aventuras. Cada vez que emprende alguna hazaña, los espectadores le animan con sus gritos entusiastas, y las señoras se cubren la cara con el abanico.

* **

La concurrencia que asiste á las sangrientas lides no puede ser mayor. Para apreciarla, hay que detener el caballo ó el carruaje á la salida de la plaza. Los pobres que por amor á la tauromaquia, han resistido durante largas horas las caricias del sol, se alejan en tumulto mostrando sus camisas desgarradas, sus guñapos polvosos y sus sombreros de petate. Algunos se permiten el lujo oriental de emprender su camino en carretones. Van como los antiguos comediantes, apiñados y de pie, brincando en cada piedra del camino, y con peligro de quebrarse las costillas en un probable vuelco. ¡Pobres gentes! Solo el amor de los toros puede hacer llevadero este suplicio. Los más marchan á pie, cansados y molidos, pero contentos por haber visto una corrida. Se alejan formando enormes caravanas, con la canción en los labios y la vistosa banderilla en el sombrero; se diría que esos gritos lanzados en la plaza, ese espectáculo terrible en que se juega la vida, han desahogado sus instintos malos, dando escape á los arranques de esa bestia, que la educación suele domar, pero que se halla siempre en el fondo pecaminoso de todo hombre.

La concurrencia elegante empieza su desfile. Ahí van los jinetes, escarnio del calor, haciendo caracolear sus potros jerezaños entre los omnibus repletos y la compacta muchedumbre. No se oye más que el chasquido de los látigos, el ruido de las portezuelas que se cierran y el rodar de los carruajes. Pesadas diligencias van saltando en las quiebras del camino, envueltas en una nube de polvo, como los héroes de la Iliada. Coches antiguos, de esos que servían para ir á Puebla, cuando se empleaban tres jornadas en el viaje, van tirados por cuatro rocinantes flacos que, como los pobres inválidos del Montepío, están pidiendo á voces el descanso. No hay vehículo alguno que no esté representado en este gran desfile. Algunos de ellos se quedarán á la mitad del camino. Los caballos se arman,

los ejes se rompen y las ruedas se desgranán. Quién pide por amor de Dios un puesto humilde en el pescante de algún coche, quién se encarama al toldo de una diligencia, quien se resigna á emprender su caminata á pie hasta Chapultepec, envidiando al famoso Pulgarcito cuyas botas salvaban siete leguas. Los muchachos desaharrados y halarquientos se asen á la tablita de los coches. El polvo del camino, colocándose en gruesas nubes por las portezuelas, me hace creer que voy atravesando alguna calle de Atenas, la ciudad más polvosa de la tierra. El sol no vierte ya sus cucharadas de plomo derretido, pero el calor es sofocante. A la luz opalina del crepúsculo distingo los carruajes elegantes, que huyen á todo correr por las calzadas, el landó majestuoso y aristócrata, el faetón de carrera, el *boggy* elegante y el *trois quarts* ligero.

La tarde va muriendo. El viento se recoge y se sosiega en brazos de la noche, como un niño travieso que fatigado de correr y de triscar por la montaña, se duerme en el regazo de la madre. La sombra baja lentamente, y la pesada arquería del acueducto oculta en la obscuridad sus columnas musgosas y sus negruzcas piedras. A lo lejos, se miran los faroles encendidos y la mezquina claridad de las calles. Ya se perfilan las estatuas del Paseo y queda atrás el Castillo con sus paredes blancas y sus enanas torres. Ya solo queda en mi imaginación el cuadro de las peripecias trágicas ocurridas en el sangriento redondel, y en mi cabeza el vago aturdimiento que dejan las reuniones bulliciosas, las jornadas largas y las fiestas nacionales.

* * *

Por fortuna, en las corridas á que yo asistí no me tocó mirar tragedia tan horrible como la de Felicitos Mejía. Celebraba su beneficio hace ocho días y enebriado por los aplausos de la plebe, queriendo exceder en menosprecio de la vida, y en arrojo á todos sus compañeros, intentó clavar las banderillas con la boca. El toro le ensartó desgarrándole, con sus astas, las entrañas.

No ha sido esta la única desgracia de la semana. Una furiosa tempestad descargó el jueves, ocasionando tres ó cuatro muertos. Un rayo arrebató á la torre de San Juan su cruz de hierro, que lanzada con fuerza incontrastable fué á clavarse junto á la fragua de un herrero. Ya el día anterior había caído un rayo en la casa que forma esquina de Vergara. ¿Tendremos que batirnos con el cielo y soportar las tempestades en la atmósfera después de haberlas soportado en el teatro? Todavía ahora veo los cielos entoldados y escucho el estallido de los truenos.

Esta crónica se debe leer con pararrayos. Mientras escribo reto-

zan las enormes nubes tempestuosas, asaltando en tumulto el firmamento.

He abierto la ventana para mirar los rayos cara á cara. El cielo, tan azul ha pocas horas, se ha puesto pardo, casi negro, como si los ángeles se hubieran vestido de luto. Las golondrinas, rastreando el suelo, parece que solicitan esconderse en las entrañas protectoras de la tierra. No véis aquellas nubecitas blancas, que limitando un diminuto lago azul, tiemblan en el confín del horizonte? Las sorprendieron, al salir del baño, esos negros gigantes abisinios, que vienen del Oriente: por eso agrupan sus cuerpos blancos y entumecidos como si quisieran ocultarse unas tras otras. A poco, los monstruos llegan y las devoran.

Ya no hay lagos azules, ni nubecillas blancas en el cielo. Algunos nimbus huyen con estrépito, como carros de guerra en la confusión de la derrota. Despéñanse las montañas de la atmósfera; combaten brazo á brazo los Hércules deformes, y las delgadas claridades que rasgan la obscuridad de cuando en cuando, son como el brillo de las espadas gigantescas que se chocan.

Asistimos á una batalla de africanos. Aquellos, aguardan en solemne actitud, la acometida del ejército enemigo. Este, avanza violento, atropellando cuanto encuentra al paso. ¿No escucháis el rodar de las cureñas y el galope de los caballos? Ya vienen; ya se acerca el tiroteo. Torres enormes, sostenidas por elefantes de espantosas proporciones, avanzan por la atmósfera; y de las claraboyas de esas torres brotan dardos fulmíneos, despedidos por colosales arcos de ébano. Hasta los mismos montes del espacio cobran vida, arráncanse de cuajo, y animados de fuerza incontrastable se precipitan, como alud sombrío, sobre el ejército contrario. A ratos, centellean los bruñidos petos y los cascos; escúchase el resoplido atronador de los monstruosos elefantes; rompen los tigres sus recias cárceles de hierro para lanzarse sobre el enemigo, y sus ojos como de sangre luminosa, alumbran el espacio. Montañas, fieras y gigantes se atropellan; enarcan los elefantes sus espaldas; caen desplomadas las enhiestas torres; revientan los peñascos; los muros de granito negro se desgranán, y bregan los guerreros cuerpo á cuerpo enroscándose como víboras, en el aire.

De improviso, júntanse todos y reunidos avanzan sobre la tierra. Las montañas aguardan impasibles; pero los árboles, «sobrecogidos de pavor, se mueven, como si pugnaran por desenraizarse de la tierra para huir.» Todos quisieran sacudir en un momento la invencible fatalidad de su destino: los peces piden alas y las aves envidian á los topos que pueden esconderse en tenebrosas oquedades. Las olas aspiran á ser montes y diríase que el cielo quiere cambiar de sitio con la tierra.

Solo Magda permanece impasible en su balcón. Gruesas gotas

comienzan á caer: pero ella, absorta en la contemplación del infinito, deja que mojen sus cabellos negros. Y Magda tiene miedo. A cada relámpago, su alma se persigna. No quisiera mirar; pero se obstinan sus pupilas en seguir clavadas en el cielo. En la mujer, la curiosidad domina el miedo. Tal le parece que las nubes tempestuosas vienen directamente á su balcón y que los sagitarios del espacio la escogen para blanco de sus tiros. Pero no aparta la mirada ni se esconde. Convirtiendo los ojos á la calle, podría mirar á los transeuntes azorados que buscan un refugio ó un abrigo. Aquella costurera corre y corre, como si la tempestad quisiera darla un beso. Ese gomoso pobre, á juzgar por la traza, parece que lleva alas en los pies; su sombrero de copa alta, presintiendo el chubasco, tiene el pelo erizado. Pero Magda no advierte nada; ve las nubes y se pregunta con deliciosa candidez: ¿para qué serán las tempestades?

Si yo pudiera estar donde ella está, satisfaciendo sus curiosidades le diría:

—Tempestad y pasión son dos trastornos parecidos. El cielo siempre azul y la mujer siempre inocente, cansarían. Es preciso que brote el rayo de las nubes y el amor de la mujer. Y el amor, como el rayo, da la muerte. ¿Crees tú que estas tormentas pavorosas no traen más que la muerte y el espanto? Pues te engañas. La tempestad deja en el seno de la tierra el nitro que las plantas necesitan, y absorbe las impurezas de la atmósfera, convirtiendo el oxígeno en ozono. El rayo da la muerte y da la vida. Es el fuego que purifica y que devora. Y el amor ¿no es así? También tiene tinieblas que entoldan el horizonte de la vida y centellas que matan; pero también es necesario para la perpetuidad de las especies, también crea, también purifica. El rayo nace del choque de dos electricidades contrarias, como el amor de los dos sexos en contacto. Los dos alumbran, los dos queman, los dos matan; pero los dos son necesarios á la vida.

Pero ni Magda me oye ni se aparta su vista de las nubes. También anoche tuvo un miedo horrible. Soñó que estaba en medio de un diluvio. Pero el agua no descendía de las nubes: brotaba de la tierra é iba subiendo, subiendo en láminas compactas, tan oscuras que apenas podían distinguirse en las tinieblas de la noche. Magda, azorada, se asía á los barandales del balcón, que era muy alto. Desde allí contemplaba la horrible escena. El rumor que escuchó primero, había cesado. La invasión del océano ascendente se verificaba con lentitud y en medio del silencio. Primero, la capa negra se tendió sobre las calles, sin arrugas ni pliegues. Sobre esa tersa obscuridad, como puntos luminosos, repartidos en hilera, los reverberos

del gas brillaban tristemente. El monstruo negro se incorporó otro poco, y los faroles más altos parecieron, por su proximidad al agua, linternas de invisibles góndolas inmóviles. Entre cada movimiento del agua mediaba el espacio de algunos minutos. Nada se oía: el seno de aquel oscuro mar cerraba el paso á todo rumor y á toda luz. Subió el agua otro poco y los faroles se perdieron, apagándose, como luciérnagas arrojadas á un estanque. Entonces la tiniebla fué absoluta. La noche descendía del cielo y brotaba de la tierra. Magda iba á ser aplastada entre esas dos enormes láminas de una prensa negra, como un ratón entre la puerta y la pared. El mar subía con menos lentitud. Ya se miraban en la capa tenebrosa algunos pliegues, que eran las oleadas silenciosas. Magda sintió que el agua le bañaba los pies y, loca de terror, se encaramó sobre los barandales del balcón. Pero el agua subía, y entonces ella, agarrando con ambas manos una canal delgada de hojalata, quedó suspensa en el vacío. La canal se iba doblando poco á poco. Un momento más y se quebraba. Ella, haciendo un supremo esfuerzo, logró subir á la cornisa, en donde se agrupaban, maullando y deteniéndose con las uñas, muchos gatos. Estaba defendiendo su vida instante por instante. ¡Todo inútil! El agua continuaba subiendo é iba ya á devorarla. Los gatos se quejaban como niños, y arañaban la cara de Magda. En ese momento, algo muy blanco, flotó sobre la densa obscuridad del agua. Era unavela. ¿Quién puso aquella barca milagrosa sobre el agua? Lo urgente era entrar en ella. Magda, tendiendo con angustia las dos manos, logró detenerla. Pero los gatos, más ágiles y elásticos que ella, habían entrado ya, no dejando lugar para otro cuerpo. Entonces comenzó una lucha horrible. Magda combatía con aquellos demonios que maullaban y describían rimbombos terribles en el aire, encajándole sus agudas uñas en el cuello. Por fin, logró vencer. Cupo, como una cuña, entre los cuerpos sblandos de los rabiosos animales, que frotándose entre sí, despedían chispas de fuego. La barca siguió flotando sobre el agua. Pero ¿adonde iba? El agua continuaba su marcha ascendente. ¡Si pudieran llegar al cielo, ó cuando menos á una estrella! Así pasaron muchas horas de congoja. De improviso, Magda sintió que la barca se hundía. Todo estaba perdido. Lanzó un grito y se arrojó á las aguas, que estaban tan frías, como si fueran de nieve líquida. Se resignó á morir; pero, arrojado por las velas, su cuerpo fué á chocar con la cruz de piedra que coronaba una altísima torre, ya sumergida en el océano. Aquella cruz era el único punto firme que las aguas no habían tragado aún. Magda se puso de pie en ella. Apenas cabían las plantas de sus pies en los angostos brazos de la cruz.

Pero Magda, por una maravilla de equilibrio, se conservaba firme y sin moverse. Así pasó una hora. Las aguas ya no subían: comenzaban á bajar. Magda no moriría ahogada; pero como era imposible que se mantuviera en esa posición durante muchas horas,

caería por fin, rompiéndose la cabeza con las piedras. Mientras el agua cerraba herméticamente la ciudad, como una tapa, podría permanecer sobre la cruz. Mas luego que el vacío se fuera ahondando, en torno de ella, el vértigo se apoderaría de su cerebro, precipitándola al abismo. ¿En dónde estaba? A enorme altura, incuestionablemente. Esa cruz era el único punto respetado por las aguas. Poco á poco se fueron descubriendo las torres, las chimeneas y los tejados. Las agujas de los templos perforaban el manto de las aguas. El abismo crecía de arriba para abajo. El océano se retiraba dejándola sola, á doscientas varas de la tierra. Y por una rareza, que Magda no podía explicarse, á medida que las pérfidas ondas descendían, se iban iluminando las claraboyas de las casas, las tentanas, los balcones, hasta que aparecieron por fin los reverberos y los faroles movedizos de los coches. ¿Qué...? ¿No había perecido la ciudad? ¿Ella sola iba á ser la víctima? ¿Por qué no hizo lo que todos y se dejó tragar por aquella agua que no ahogaba y por aquella boca sin colmillos? Un vapor de oro subía de la ciudad, rodeándola como si fuera una neblina hecha con hilos de cabellos rubios.

La vida bullía abajo, y esa vida en que iba á precipitarse fatalmente, era para ella el seno de la muerte. ¡Qué agudas le parecían las cúpulas y qué afiladas las cornisas! ¡Y gritaba, gritaba; pero no podían oírla. Únicamente las lechuzas, de ojos amarillos, comenzaron á revolotear en torno de ella. De pronto un cuervo de torcido pico y semejante al ave Rock que habita el Himalaya, le arrancó las pupilas á mordidas. No pudo ya ver nada: sus piernas flaquearon, dobló el cuerpo y cayó de cabeza sobre una aguja de granito.

* * *

Y entretanto que Magda, contemplando el cielo, recordaba su sueño de la víspera, la tempestad había pasado. El cielo estaba azul, como si lo hubiesen tejido los ángeles con pétalos de no me olvides y con los ojos de las rubias que se han muerto. Las golondrinas cuchicheaban alegremente en los alambres del telégrafo. Magda cerró el balcón y yo también.

Agosto 26 de 1883.

No sé si lo que voy á referir es un hecho real, ó si el café, cuya rica esencia había tomado, lo dibujó en el cristal de mi imaginación. La distancia que separa un suceso de un sueño, es insignificante: la diferencia estriba únicamente en que el suceso puede verse á todas horas y el sueño se percibe nada más en medio de las sombras y con los ojos cerrados.

El caso es que ayer noche erraba meditando por las calles, cuyo aspecto cuando la luz eléctrica se apaga, es el de un ataúd negro y sin tapa. Sin objeto determinado ni prefijo derrotero iba á merced de mi capricho, pensando en muchas cosas que han pasado y en otras que todavía no han sucedido, esto es, viviendo por la raíz y por la copa, por el recuerdo y por la previsión, pero no en el presente ni en el medio. Ya casi todos los cafés habían cerrado sus puertas. Nada más los billares permanecían iluminados, siendo como son el último refugio de trasnochados y noctámbulos. En la Concordia, algunos mozos regaban y barrían el suelo, mientras contaban otros las propinas de la noche: arriba, en dos cerrados gabinetes, brillaba aún la luz del gas y se oían retazos de palabras, ruido de vajilla y hasta bostezos de cansancio y de fastidio. A tales horas no se encuentra en las calles ánima viviente, á no ser el gendarme que ronca en el portal de alguna tienda ó el cochero que va dormido en el pescante, dejando á las flacas mulas el cuidado de conducirle á la carrocería. El rumor de los pasos crece en fuerza, como si algunos duendes fueran remedando á los transeúntes, por debajo de la acera. Todo calla y entre la sombra oscura de la noche, á ras del suelo, se distingue la hilera de esas linternillas que los gendarmes ponen en las bocacalles, sin que ninguno sepa á punto fijo para qué. Tan profundo silencio y soledad tan grande, entristecen al menos melancólico. De ningún edificio, casa ó fonda, salen rayos de luz ni ruido humano. Parece que están ciega la luz y muertos los sonidos, ó que, entretanto reinan las tinieblas, la vida, como el sol, se ha ido á otra parte.

Quien se obstina en pasear á tales horas, ó aguarda el codiciado instante de una cita, ó no encuentra su casa porque el vino se ha encaprichado en escondérsela, ó está á dos pasos de volverse loco. Yo, que no me encontraba, á la sazón, en ninguna de estas circunstancias, encomendé mi alma al inspector de policía, mi cuerpo á los hermanos Gayosso y apretando el paso, volví tranquilamente á mi vivienda.

—Pues señor, dirá tal vez algún meticoloso, si nada extraño, sorprendente ni sobrenatural le pasó á usted ¿á qué sacarnos de nuestras casas respectivas para dar un paseo por esas calles? Hubiera comenzado su leyenda en el sitio que requiere el argumento y habría sido ahorrado gasto de papel, sin merma de la paciencia con que le escuchamos.

Y es verdad: mis lectores, habituados á que les trate con llaneza y desparpajo, pudieron suponer que les llevaba á una casa de juego, á una tertulia, al cubil de los monederos falsos ó á la reja en que ansiosa me esperaba una chica, tan tierna como guapa. Siento mucho haber defraudado sus esperanzas; pero ni soy concurrente de las timbas, ni tengo la honra de contar entre mis amigos á ningún mo-

nedero falso, ni hay quien me espere, á la madrugada, en el balcón. El preámbulo anterior sirve únicamente para disponer el ánimo de mis lectores á la audición de lo maravilloso. Es como si, tratando de contarles un cuento de aparecidos y fantasmas, apagas la vela previamente. Por lo demás, quien crea en conciencia que es inútil, puede hacer lo que yo: no volver á leerlo.

Digo, pues, que regresé á mi casa: abrí la puerta, iluminé mis pasos con un fósforo y dí con mis pobres huesos en la cama. Un cuerpo extraño se interpuso entre mi espalda y el colchón, produciendo, al quedar aplastado entre mis costillas, un rumor semejante al que producen la lija y el papel de vidrio cuando alguno los pisa ó los estruja. Al propio tiempo sentí en la piel el impaciente corretear de unas patas fibrosas y menudas que se prendían como alfileres en mi cuerpo. Me incorporé más que de prisa, encendí la vela, y á su tímida luz, pude mirar sobre la blanca sábana el repugnante cuerpo de una de esas cucarachas ó bacterias que rondan al rededor de los focos eléctricos. ¿Cómo había entrado hasta mi cuarto! En mi cama no hay ninguna luz, ni eléctrica, ni de gas, ni de petróleo. ¿Con qué pretexto se instaló bajo mis colchas, para darme un bromazo tan solemne? La insolente, más muerta que viva, se estaba queda en el colchón, patas arriba, moviendo sus tentáculos delgados, en la postrera convulsión de la agonía. No tuve valor para cogerla con los dedos, y valiéndome de un bastón que tiene ya dos años de servicio, la arrojé del lugar que había usurpado. La bacteria cayó dentro de un pantufló, rompiéndose dos piernas cuando menos. No obstante esto, cobrando fuerza nueva con el golpe, como Anteo la adquiriría al tocar la tierra, y animada por un espíritu diabólico, lanzóse contra mí violentamente, en tal manera, que á no esquivar la cara tan á tiempo, me habría encajado sus minúsculas patas en los ojos. No pudo contenerse, y disparada como piedra que parte de la honda, fué á estrellarse de nuevo en la pared. Pero el monstruo infernal, tenía probablemente duro el casco y rehacia la vida; cayó al suelo; fuese arrastrando, herido y tambaleando, por la alfombra; mas cuando iba á aplastarlo con el pie, saltando de improviso, evitó el golpe, dejándome burlado é iracundo. Había que exterminarlo ó perecer en el combate: defendíase con bríos inusitados, girando al rededor de mi cabeza y queriendo por fuerza entrarse adentro de mi boca. Una vez llegué á sentir el áspero contacto de sus alas en el sensible cutis de mis labios. En la brega, rompí los vidrios del balcón, la veladora y hasta la palangana del lavabo. Aquella cucaracha era espartana. Por fortuna, un tajo dado á tiempo y con esfuerzo redoblado, la tendió á mis pies, ya exánime, postrada y moribunda. Pude entonces aplastarla bajo la suela de mi bota, mas no quise: la enormidad de su delito, el encono de su defensa y los vidrios que yo había roto por su culpa, requerían

un castigo más terrible. En la hoguera, quemada á fuego lento, así perecería la muy infame.

Toméla, pues, con unas pinzas, la aproximé á la llama de la vela, y entretenido on observar los esfuerzos titánicos que hacía por escaparse de entre la tenaza, pude sentir las delicias y espasmos que sentía, según cuentan, Torquemada, presenciando los autos de fe ó asistiendo á la sala del tormento. —¡Descastada!—decía yo como si pudiera comprenderme.—¡Ahora vas á pagar los vidrios rotos!» —La cucaracha se tostaba y retostaba, poniendo unos ojos que solo para vistos. Las piernas que, semejando hilos de estambre, le quedaban, á poco se convirtieron en cenizas. Sus duras alas se partieron, estallando en pedazos, como las negras uñas del demonio. Nada más los ojos, pequeñitos y casi imperceptibles, resistían á la combustión y hasta se agrandaban, al parecer, con el contacto de la llama. Llegó un momento en que la cucaracha fué toda ojos. De improviso, sin escapar á la presión de la tenaza, ni caer, hecha polvo, en la palmatoria de metal, fuese alargando, alargando á modo de esos grandes anteojos cuyos tubos se embuten unos dentro de otros. Era la ballena saliendo de Jonás: hubiérase creído que el padre Fischer salía de la cucaracha, salía, salía y no acababa de salir. Lo más extraño y peregrino era que aquellas alas extendidas y alargadas, parecían las dos piernas de un pantalón negro, tan angosto como el que usan hoy nuestros gomosos. Continuaron creciendo y se trocó su parte superior en un par de faldones, con sus bolsas, cosidos y ribetes. ¡Qué más!— y aquí lo espeto en una frase para no prolongar mi narración—de aquel monstruo carbonizado entre las pinzas, salió un perfecto caballero, con corbata, reloj, sombrero y todo. No volvía de mi asombro; los músculos del brazo se aflojaron, dejé caer las pinzas que detenían por el tacón á tan extraño personaje, y éste, poniéndose de pie en un periquete, sin trazas de la más ligera quemadura, después de hacerme tres ó cuatro caravanas que ni Spencer Saint Jhon haría con tanta gracia, me dirigió la palabra en estos términos.

—Tenga usted la bondad de no alarmarse. Comprendo que mi presentación ha sido brusca. . . .

—Hombre, sobre todo, eso de haberse metido en mi cama. . . !

—Mil perdones: estaba cansadísimo. Imagínese usted: tengo amores con cinco focos eléctricos y no descanso. Hoy, por ejemplo, anduve de parranda. Tomé bastante jugo de eucaliptus, y ahí tiene usted que el pícaro licor me trastornó un tantico la cabeza. Quise volver á casa, pero, desatinado perdí el rumbo y me he colado, sin saber cómo ni cuando, en la propia recámara de usted. Le suplico, por consiguiente, que me excuse. Ya sabe usted lo que es el vino. . . . usted se habrá embriagado muchas veces. . . .

—No señor.

—Pues, hombre, á mí las hembras y el alcohol me traen sin juicio. Aquí donde usted me ve, yo era un hombre de arraigo, sin brizna de hechicero ni de mago. Estuve empleado en varias oficinas; pero, al caer D. Sebastián, quedé cesante, y aguza que te aguzas el ingenio, estudiando la cábala y la alquimia, llegué á adquirir conocimientos tan profundos, que le doy quince y falta al más pintado. Por desgracia, para todo se ha menester un poco de oro. Con unos cuantos sacos de ese horrible metal que trae revuelto el mundo, yo habría sido un lucero, un faisán, un lepidóptero. ¡vamos! lo más gentil, hermoso, bueno y grande que puede imaginar la fantasía. Pero ¡qué quiere usted! un mago pobre tiene que conformarse con su suerte. He sido perro, gato, burro, perico de una cómica, gorrion, en fin, todo lo que hay que ser en las escalas inferiores de la vida. Pero amigo, los gatos están dados á los perros; los pericos suelen vivir muy bien cuidados, pero andan, por lo común, con gente mala, y yo, en achaques de moral, no cejo un paso; los burros, á pesar de su mansedumbre y su bondad, no tienen vida con esos desalmados tiranuelos que les rasgan la carne á latigazos; y en cuanto á los falderos y mastines, nada le diga á usted, porque hasta entre ellos hay, no obstante la democracia y la igualdad, sus castas, sus privilegios y sus feudos; de manera que mientras unos viven regalados, comiendo sopas en leche y terrones de azúcar, otros sudan el quilo por hallarse un mal hueso que roer, vagan sin domicilio fijo, por las calles, y expiran sin que nadie les ayude á bien morir, envenenados por los pícaros gendarmes. ¡Y luego quieren que no estén rabiosos! Nada; no hay vida más perra que la del perro callejero! Ya ni huesos hay, porque todos los aprovechan en las fondas, y cuando les conceden su retiro, los almacenan en canastos y cajones para sacar de ellos yo no sé qué terrífica mixtura, que sirve para herosear á las mujeres. Hoy por hoy, solo existe una verdadera canongía; ser caballo de carrera. Pero, viejo, los animales pobrecitos no aspiramos á empleos tan lucrativos. Y hasta para eso es conveniente haber nacido allende el mar. Los extranjeros nos lo quitan todo. Yo, y eso tirando mucho de la cuerda, habría logrado ser caballo de tiro, con residencia fija en algún sitio de mala muerte. Por lo tanto, he preferido ser algo que vuele, y cambiar cada cinco meses de figura, aunque, según ha dicho Campoamor:

... El cambiar de destino
Solo es cambiar de dolor,

—Pero, señor mio, le dije ya repuesto de mi asombro—la forma en que usted andaba ha pocas horas, no es de las más graciosas y gallardas.

—¡Cá! ¡Patrañas! ¿También usted participa de la insensata re-

pugnancia con que el vulgo nos ve? Yo no niego que los coleópteros de mi traza, andamos mal vestidos. Pero ¿qué significan el traje y los femeniles atavíos, para un hombre de corazón é inteligencia? ¿Piensa usted que Homero andaba mejor de ropa? Poetas muy insignes y doctores muy famosos van por esas calles en tal figura, que da grima verles. A nosotros no nos viste Sarre, ni nos perfuma Micoló; pero tenemos mucho corazón y somos muy amigos de las luces. ¡Que nacemos en un pantano. . . ! Bueno ¿y qué? Sixto V nació en una zahurda. Ni la humildad de la cuna, ni la pobreza en el vestir, estorban el crecimiento intelectual, ni embarazan el desarrollo del espíritu. Hay cucarachas apreciables como hay pensionistas del Erario, más honradas, inteligentes y virtuosas que las damitas de la aristocracia. Nos calumnian, nos befan y maltratan sin motivo, sobre todo, nadie comprende las excelencias de nuestra condición. ¿Quiere usted transformarse por algunos momentos en coleóptero? ¿Qué es usted?

—Periodista.

—Y ¿qué papeles son los que miro dispersos en la mesa?

—Las primeras cuartillas de «La Vida en México.»

—¡Periodista! ¡y escribe usted «La Vida en México! ¡y no me lo ha dicho todavía! ¿Qué colaborador más entendido y diligente que un coleóptero de mi casta! Venga usted.

Azorado, sentí que mi volumen disminuía y que mi levita engrosaba como si una callosidad de cuerpo entero la rodease. Me hice pequeño, tan pequeño que pude sin dificultad entrar en el cielo y hasta meterme por el ojo de una aguja. Sentí que no pesaba ni un adarme, como acontece comunmente á mi chaleco los días catorce y último del mes. Y después. . . ¡nada, que volé! sí señor, volé tranquilamente por los aires, hendiendo aquella atmósfera nocturna, como un pez que nadara en el Mar Negro ó en el océano de la Reina de las tintas. Por desgracia, no podíamos subir á grande altura, ni competir con los campaneros ó las águilas. Pero estábamos libres de caer en esas trampas de venados y de zorros, abiertas por el ilustre Ayuntamiento en muchas de nuestras calles principales. Extintos ya los focos de la luz, no corría el peligro de que mi compañero se descalabrara, dejándome en penoso desamparo.

—¿A dónde quieres ir? me dijo á media voz, pegándome los bigotes al oído.

—A donde tú me lleves, contesté. ¡Pues no me tuteaba ya el muy insolente! Y volando, volando recorrimos las calles principales, que estaban tan desiertas y tan mudas como las de un extenso campo-santo. ¿A dónde se puede ir á tales horas? De buen grado habría ido á tomar alguna cosa para alentarme y calentar mi sangre; pero pasada ya la media noche, el único café que permanece abierto, es el café terrible del Barómetro, y ni aun transformado en cucaracha

se puede entrar en esa taberna escandalosa. Además, el temor muy racional de que acabasen con nosotros á porrazos, me detenía á cierta distancia de las gentes. En esto comenzó á clarear el día. ¡Santos benditos! Estábamos muy lejos de mi casa y no era posible que regresáramos á ella, antes de que la luz nos descubriese. ¡Fuerte apuro! Como yo tenía la conciencia de que mi yo permanecía inmutable y de que era siempre el Duque Job, pensé que todos iban á reconocerme. Esto mismo les pasa á todos los mozuelos que salen disfrazados por primera vez. No se atreven á hablar, por miedo de que les miren y conozcan. ¡Y cuidado que no sería ligera la broma con que me hablasen luego los amigos. Además ¿han visto ustedes nunca coleópteros de nuestra casta á plena luz? ¡No señor! Estos desconocidos animales, cuya existencia ni siquiera sospechábamos antes de que la luz eléctrica viniese, salen de noche y nada más ¡Y qué penosa fué mi compunción, cuando pasando por encima de Palacio, ví centenares de bacterias muertas! También mi compañero no las tenía todas consigo. Detuvimos, pues, en las hojas de un eucaliptus. Allí hemos pasado todo el día. A cada rato la hoja angosta y larga, en que estábamos parados, se inclinaba y mecía como la canal de que estuvo pendiente Claudio Frollo. Ví pasar á los oficinistas que se dirigían al ministerio, á las damas que iban á misa, á las niñas y á los ministros sin cartera que van á leer el *Monitor* en las bancas de la Plaza, aguardando á que pase un usurero. Por fin, llegó el anochecer.

—¡A casa! ¡á casa!—exclamé ya molido y con deseos vehementes de sacudir aquella deforme envoltura.

—¡Pues no faltaba más! Ahora comienza lo verdaderamente entretenido. La breve lluvia que ha rociado nuestras alas, nos permite volar con más soltura y ligereza. La humedad es indispensable para nosotros: por eso observarás como caemos al pie de los focos de la luz eléctrica. El calor evapora el agua y nos quita la fuerza. Entonces, la infame luz nos menosprecia y morimos postrados á sus plantas. Mientras mis alas tengan humedad y dinero tus bolsillos, seremos adorados. Pero la luz absorbe el agua y la mujer la plata. Entonces la cucaracha va arrastrándose, baldada, enferma y pobre, hasta que muere; y el hombre, con el vestido y los botines rotos, va á tocar á la puerta del manicomio.

Y diciendo y volando llegamos al balcón de una casita, cuyo número sé, aunque no lo digo. Adentro, una muchacha que ustedes conocen. . . . ¡apuesto á que saben ya quién es!—se preparaba para asistir á una tertulia. ¿Iría al Casino? ¿al Club? Sus brazos blancos se alzaban como las asas de una ánfora. Su pelo suelto bajaba hasta besarle la cintura. Y entretanto, el espejo no le quitaba la mirada, los alfileres se disputaban á estocadas el honor de prender sus blon-

dos rizos, y cada flor, con su delgada vocecita, le decía cariñosa: «¿No me quieres? Yo moriré contenta en tu tocado.»

Y luego, abandonando aquel balcón, espiamos por los cristales del Casino, los grandes preparativos de la fiesta. Las notas se estaban vistiendo en el aire, y como entran los cómicos al teatro, antes de que comience la función, se metían á la caja del violín, al tubo de la flauta, y los agujeros del clarinete. En ese instante busqué la invitación en el bolsillo de mi frac, y ni frac ni boletos encontré.

—¡A casa! ¡á casa!

Mas, de paso, nos detuvimos donde yo me sé. Marietta, arrodillada en el muelle cojín de su reclinatorio, oraba antes de entregarse al sueño. ¡Y rezaba por mí! Perdiendo el tino, quise beber las claridades de sus ojos, y me rompí el bautismo en los cristales. ¡Así pasan las glorias de este mundo!